

Un programa político antieuropeísta: *La afirmación española* de José María Salaverría (1)

ANDREU NAVARRA*

RESUMEN
LABURPENA
ABSTRACT

Un programa político antieuropeísta: La afirmación española de José María Salaverría

José María Salaverría, escritor menor de la Generación del 98, es un propagandista relevante porque intuye tempranamente cómo dar aspecto de revolución a un pensamiento conservador a la vez que se implanta su programa político. Este programa, formulado sistemáticamente en el libro *La afirmación española* (1917) constituye una reacción consciente contra la europeización de la cultura española emprendida por sus compañeros de promoción. La innovación de la que es pionero consiste en utilizar la prensa industrial como órgano de agitación social.

98ko Belaunaldiko bigarren mailako idazle Jose Maria Salaberria propagandista garrantzitsua izan zen. Izan ere, oso goiz jabetu zen pentsamendu kontserbadoreari iraultza itxura emateko moduz, pentsamendu horren programa politikoa ezarritz. La afirmación española (1917) liburuan azaldu zuen sistematiko ki programa hori. Ezbairik gabe, gure idazlearen belaunaldiko kideek espainiar kultura europartzeko ekindako prozesuaren aurkako erreakzio kontzientea izan zen liburua. Salaberriak berrikuntza ekarri zuen prentsa industrialaren erabilera, gizartea asaldatzeko organo gisa erabiltzen aitzindaria izan baitzen.

José María Salaverría, one of the lesser-known writers of the Generation of '98, was a relevant propagandist because he knew intuitively early on how to put a revolutionary spin on conservative thought while his political programme was being set in motion. This programme, systematically formulated in his book *La afirmación española* (1917), is a conscious reaction against the Europeanization of the Spanish culture embarked on by his colleagues. His pioneering innovation consisted in using the mainstream press as a tool for social agitation.

PALABRAS CLAVE
HITZ GARRANTZITSUAK
KEY WORDS

Salaverría, Nacionalismo, Generación del 98.

Salaberria, Nazionalismoa, 98ko Belaunaldia.

Key words: Salaverría, Nationalism, Generation of '98.

* Universitat de Barcelona

(1) Este trabajo se ha realizado gracias a una Beca de Formación al Investigador de la Generalitat de Catalunya, gracias a la cual he podido vincularme al Departamento de Filología Hispánica – Sección Literatura de la Universitat de Barcelona.

Sin duda alguna, *La afirmación española. Estudios sobre el pesimismo español y los nuevos tiempos* (Barcelona, Gustavo Gili, 1917) no es el ensayo político salaverriano más penetrante, pero sí el más significativo y el que mejor compendia su peculiar pensamiento nacionalista. En sus primeras palabras, el mismo autor se encarga de indicarnos la centralidad del texto entre su producción literaria:

¿Por qué se ha empeñado mi pluma en perseguir esta campaña de la “afirmación española”?...

Lo extraño e interrogable no es que la campaña se hubiese emprendido por alguien; lo inaudito e incomprensible es que los mismos españoles, aquellos que sin duda se asignan mayor inteligencia, hayan podido sorprenderse de que un escritor español levante el grito alarmado, frente al peligro de la guerra cercana y ante la modorra negativa, del intelectualismo nacional.

Esta función reactiva, conversa y vigilante, que ha adoptado mi pluma, parece que habría de ser lógica, desde luego comprensible y además secundada por otros españoles conscientes o morales. Pero no ha sucedido así [Salaverría, 1917: 7-8].

Las palabras del autor son vagas y desconcertantes, y aun así trascendentales para entender su evolución ideológica y, acaso, la de la intelectualidad conservadora española durante las primeras décadas del siglo XX. En primer lugar, parece que a Salaverría le interesa mucho aparecer como un “converso”; pero, en realidad, ¿escribió algún libro no nacionalista? *El perro negro*, de 1906, *Vieja España*, de 1907, y los artículos publicados en *ABC* desde 1906, ¿no contienen en esencia el mismo mensaje autoritarista que los textos pertenecientes a esta “campaña de afirmación” de que habla el autor? Éste es experto en promocionar imágenes distorsionadas de sí mismo, y un estudio del texto de 1917 no debe ser más que un acto de desvelamiento de las estrategias utilizadas por el escritor para inventar una historia autobiográfica capaz de otorgarle notoriedad. Quizás uno de los valores más interesantes de Salaverría sea precisamente su capacidad por organizar una campaña publicitaria de sí mismo, manipulando su propia biografía, falseando la historia de sus textos, publicando escritos cuyo objetivo sea la justificación de sus propios actos.

Salaverría pertenece a una promoción de escritores que, surgidos de los últimos coletazos del regeneracionismo y el modernismo y reunidos en torno a la revista *Hermes* (1917-1922), Basterra y Sánchez Mazas, entre ellos, tienen en común una concepción guerrera de la escritura, una orientación fundamentalmente política y una idea muy consistente de lo que debe ser España: un imperio doblemente inspirado por Roma, tanto por su esplendor militar durante la Antigüedad como por su fundamentalismo católico posterior. La experiencia entre los redactores y colaboradores de *Hermes* no “convirtió” a Salaverría, sino que lo hizo entrar en contacto con unos intelectuales cuyo pensa-

miento era muy afín al suyo, y que se proclamaban reaccionarios y conservadores sin ningún pudor.

Sobre Basterra y *Hermes* ha escrito José-Carlos Mainer:

No extraña [...] que la mezcla de futurismo grandilocuente, vasquismo telúrico y exaltación del nacionalismo español que proponía la poesía postmodernista de Ramón de Basterra sea una fórmula artística saludada con entusiasmo por los redactores de *Hermes*, que promueven en “La Bilbaína” un homenaje a su figura, curiosamente coincidente con los febriles preparativos de elecciones del año 1918 [Mainer, 1974: 169].

Tampoco resultará extraño que Salaverría descubriera las posibilidades del País Vasco como materia literaria a través de los versos de Basterra, en la forma como lo encontramos en el libro *Alma vasca* (1921). Asimismo, el texto programático de 1917 incluye algunos pasajes que han de relacionarse con esta estética cesarista desarrollada fundamentalmente en las obras de Basterra: “Desde los tiempos de Roma hasta hoy, ningún otro pueblo ha realizado una obra tan grande de universalidad como la España del Renacimiento” [Salaverría, 1917: 54]. Hasta 1914, nuestro autor sólo había podido sintonizar con el Azorín maurista y, puntualmente, con Galdós y doña Emilia Pardo Bazán. La relación con Unamuno, tanto presencial como epistolar, se interrumpió en el momento en que la intelectualidad española se dividió en germanófila y aliadófila y, un poco antes, cuando Salaverría atacó a Unamuno por primera vez en el libro *A lo lejos* (1914). La verdad es que el epistolario mantenido entre ambos, cortés e inspirado, recoge muy pocos momentos de encuentro entre los dos pensadores.

Así pues, a la altura de la Primera Guerra Mundial, Salaverría encuentra por fin su lugar en la cultura española como uno de los líderes de una nueva estética que fundía el clasicismo con el imperialismo político. (2) Por esta razón se atrevió a iniciar su campaña contra Costa, Unamuno, Maeztu y Manuel Bueno, acusándoles de irresponsables, de practicar sistemáticamente una “obscenidad negativa y disolvente” a la que opone su noción de “optimismo trágico” [Salaverría, 1917: 8-9]. España es un país radicalmente distinto a las demás naciones europeas. Un optimismo que considere sus valores intrínsecos como fuente de regeneración ha de adaptarse a la condición “trágica” del carácter español. Por lo tanto, la ideología naciona-

(2) Como obra especialmente representativa de este modo de entender la cultura española y el papel de la creación literaria podríamos citar *La obra de Trajano*, de Basterra, publicada en Madrid por Espasa-Calpe en 1921. El prólogo de este texto contiene todos y cada uno de los tópicos de este pequeño movimiento imperialista reunido alrededor de la revista *Hermes*.

lista salaverriana no podrá tener como objetivo la felicidad del pueblo ni la reactivación de la economía, sino únicamente el retomar las misiones trascendentales y civilizadoras que, presuntamente, encarnan el destino de España. Así pues, los hechos diferenciales de la nación no constituyen ningún *atraso*, sino un *carácter*, una naturaleza incomprendida que no debe compararse a los ideales de plenitud forjados por otra civilización aparte, Europa.

Coincide esta escenificación de una “conversión” con uno de los ataques más furibundos a la generación del 98 que se han escrito nunca (cap.V). La idea matriz del ensayo es sencilla: frente a quienes postulan la europeización del país, Salaverría se autoproclama portavoz de todos aquellos que desean anteponer lo español a lo foráneo, en un intento por desmentir a los regeneracionistas en bloque, fundamentalmente a Costa, a Maeztu y a Unamuno, quienes reciben más dardos de Salaverría. ¿Qué datos posemos para negar que, a la altura de la Primera Guerra Mundial, nuestro autor se “convirtiera” al nacionalismo? La existencia de fragmentos antirregeneracionistas ya desde las crónicas que integran *Vieja España* (1907), los ataques a Unamuno formulados en *A lo lejos* (1914) pero, sobre todo, el artículo *La atmósfera española. Falta de idealidad*, publicado el 15 de octubre de 1904 en el periódico madrileño *El Gráfico*, cuando en teoría nuestro autor aún simpatizaba con el obrerismo sentimental de Martínez Ruiz. Todos estos textos revelan que desde sus primeros pasos importantes, Salaverría era un autor imperialista que desconfiaba del Progreso moderno como fuente de regeneración nacional.

Es por esta razón que en *La afirmación española* se ofrece una visión muy simplificada del pensamiento político de Unamuno. Salaverría acusa a su compañero de generación de europeizante a secas, cuando un vistazo, por superficial que sea, a las teorías unamunianas descarta por completo la tesis salaverriana. El rector de Salamanca jamás perdió de vista la idiosincrasia nacional, sino que, lejos de eso, trabajó incansablemente para forjar una imagen cultural de España y una interpretación viva de su historia. Lo demuestra el hecho de que nuestro autor tome constantemente ideas de su admirado pero denostado compañero de generación. Así pues, ¿cómo se entiende esta insistencia por afirmar algo a todas luces falso, en 1914 (*A lo lejos*), en 1917 y en 1926 (*Retratos*)? La cuestión es interesante porque, probablemente, a esta actitud contraria a Unamuno debe Salaverría tanto su notoriedad póstuma como su fama de escritor dominado por todo tipo de rencores y malas pasiones. (3)

(3) Así lo retrata Baroja en su volumen “Desde la última vuelta del camino. Memorias: El escritor según él y según los críticos” (1944), incluido en el volumen VII de sus Obras completas (Madrid, Biblioteca Nueva, 1949, pp.387-492.)

Ahora bien, ¿qué nos interesa resaltar de estos ataques injustificados a Unamuno? Salaverría o bien no conocía a fondo el ensayismo unamuniano, algo posible gracias al carácter estrictamente autodidacto de nuestro autor, cuyas lagunas en materia de libros coetáneos son evidentes, o bien, lo que es más plausible, le interesaba no reflejar la verdad para ofrecer una visión sesgada, propagandística, de la obra del autor de *En torno al casticismo*. Una exposición rigurosa de sus doctrinas hubiera dificultado sobremanera la capacidad de persuasión de Salaverría.

Por estas razones, la crítica literaria salaverriana se estructurará como un discurso vinculado íntimamente a la política y la ideología. La patria es el valor absoluto de la ética salaverriana: la obra “buena” es la que servirá mejor al destino de España. La obra estéticamente apreciable será aquella que cumpla con este destino con mayor economía de medios, con más sobriedad estilística, con más impulso “afirmativo”. Quizás la parte más aprovechable de este ideario resida en el desprecio del decadentismo y en el cansancio por el tratamiento recurrente del llamado “problema de España”. Ciertamente, llegaron a ser tantas y tan variopintas las teorías forjadas para “regenerar” a la patria, que no debe sorprendernos la aparición de intentos más o menos violentos de zanjar la cuestión a medida que avanzan las décadas del nuevo siglo. *La afirmación española* sería uno de ellos, o por lo menos así deseaba presentar su libro el Salaverría de 1917. Esta fatiga ante la relación sistemática de las desgracias internas está detrás de frases como la siguiente: “Existe ya un verdadero morbo intelectual en España, que se significa así: masoquismo, o complacencia histórica y casi delirante en el autodesprecio” [Salaverría, 1917: 12].

Afirmaciones como ésta convierten a Salaverría en uno de los más destacados teóricos sobre el fenómeno noventayochista. No resulta arbitrario, pues, que críticos estrictamente contemporáneos (Ricardo Senabre o José Luis Bernal Muñoz) (4) se interesen por las categorizaciones de nuestro autor que, si bien es cierto que interesadamente, ofrecen una visión muy particular de la cuestión. Como es sabido, la enorme masa de crítica literaria agrupada alrededor de la denominación “Generación del 98” se divide entre quienes piensan que existe una generación “modernista” y una “noventayochista”, y quienes piensan que todas las direcciones iniciadas en una fecha próxima al Desastre forman parte de una misma línea o actitud espiritual cuya denominación sería unitaria. Salaverría simplifica drásticamente la

(4) En su libro *¿Invento o realidad? La generación española de 1898* (Valencia, Pre-textos, 1996), Bernal Muñoz situaba a Salaverría en la lista los estudiosos más destacados del fenómeno del 98. Asimismo, el profesor Senabre estudiaba en su artículo “98 y 27: Acciones y reacciones” (*Ecos de la generación del 98 en la del 27*, Madrid, Ediciones Caballo Griego para la Poesía, 1998) la recepción de formas poéticas vanguardistas por escritores de la promoción finisecular, otorgando a Salaverría cierta representatividad como crítico literario dentro de su generación.

cuestión y afirma que todos aquellos escritores de principios de siglo practican “el tono negativo” denunciado en su ensayo de 1917. Decadentismo, modernismo, simbolismo, castellanismo, noventa y ocho... Salaverría contempla el período comprendido entre 1898 y 1914 como un enorme esfuerzo por negar a España, no importa desde qué escuela artística concreta, y por lo tanto se dedica a combatir las todas desde la estética en la cual ha encontrado un cauce para sus ideas de siempre: el clasicismo imperialista de los directores de *Hermes*. Si debemos situar a Salaverría en algún movimiento o escuela literaria que explique satisfactoriamente su ideología, no cabe duda de que el lugar que le corresponde se halla entre los escritores algo más jóvenes que él, especialmente al lado de su amigo Basterra, con quien compartió, en cierto modo, el mismo papel que le reservó la historia literaria al autor de *Las ubres luminosas*:

Ramón de Basterra acabaría siendo el precursor de una poesía de la España imperial cuando Ernesto Giménez Caballero, editor póstumo de su *Virulo* en el marco de *La Gaceta Literaria*, lo convirtió en uno de los precedentes artísticos del fascismo español: los Manuel Aznar, Pedro Murlane Michelena, Rafael Sánchez Mazas, Joaquín Zuazagoitia, etc., al pasar a la redacción de *El Sol*, crearían, a principios de los años treinta, el vocabulario y las ideas que tanto influirían en el estilo político de Falange Española [Mainer, 1974: 170].

Salaverría llevó a cabo en prosa una tarea discursiva muy similar a la que su compañero desempeñó en sus versos. Así, en lugar de analizar el pasado inmediato, nuestro autor desea borrarlo para construir un ensayo tremendamente reiterativo, un discurso orientado a la persuasión muy poco denso en ideas pero muy cerrado en torno a la afirmación a ultranza de los valores que rigieron la sociedad española de los siglos XVI-XVII. *La afirmación española* es un manifiesto, no una exposición argumental detallada. Las ideas que contiene son la idea del título formulada de diversas maneras con una intención clara: crear en el lector una ficción de urgencia, expresar un sentimiento de batalla, presentar un programa mesiánico. Es habitual en esta prosa de confrontación la utilización de léxico militar. Basterra y Salaverría, sin practicar el futurismo ni ninguna vanguardia estética concreta, cumplen en España el papel de Marinetti: inspiran una reacción violenta y animan con su carrera literaria a la redención nacional mediante una guerra sangrienta que devuelva lo que entienden por higiene ideológica al país. Algunas frases del ensayo pueden perfectamente recordarnos al tono y la atención de un manifiesto futurista: “El trabajo, el juego, la risa la fuerza; esto hace buenos a los hombres” [Salaverría, 1917: 105].

Fue una moda en España hacer literatura analítica y negadora. Todos seguimos esa moda... Yo mismo confieso haber pecado mucho.

Pero yo me asusto de esa obra nihilista, estúpida acaso, seguramente estéril, porque el pesimismo ciego y mecánico no puede conducir a ninguna clase de éxito o prosperidad. Ha llegado la hora de afirmar. Es el momento en que las razas deben reconcentrar sus fuerzas, sus recursos, sus tradiciones, sus ideas, sus materiales de cualquier género, como en las grandes crisis nacionales, como si las fronteras estuviesen ya violadas y el país invadido. Decir: ¡sí! [Salaverría, 1917: 16].

Leyendo *La afirmación española* se entiende por qué nuestro autor, junto a su amigo Basterra, fue considerado un escritor que profetizó el Alzamiento de 1936. Sin que existiera ningún rastro de fascismo en el espectro cultural europeo, y mucho menos de falangismo, fenómeno circunscrito a los años 30, el pensamiento desarrollado en este texto de 1917 ya reúne todas y cada una de las características del tipo de extrema derecha que triunfaría en España durante la Guerra Civil: desprecio por la intelectualidad; intuición de que el “pensamiento analítico”, es decir, racional, es peligroso para la integridad social; exaltación del concepto de “raza” en su sentido más excluyente; (5) combate frontal contra el obrerismo (considerado por Maeztu y nuestro autor una sistematización del rencor); centralismo territorial; negación de la existencia de identidades dentro del estado; consideración del catolicismo como principal aglutinante nacional; abolición de la representatividad parlamentaria (considerada una excrecencia intelectualista); anticapitalismo; desprecio del burgués; estética clásica y sobria; noción de guerra o revolución permanente; llamamiento a la colaboración popular urgente contra elementos disolventes; etc.

Como suele hacer en sus textos de crítica literaria (considerar el libro como un híbrido puede resultar fructífero) Salaverría no deja nunca de ofrecer fragmentos autobiográficos que nos ayudan a comprender tanto sus reacciones como sus constantes ideológicas. El siguiente párrafo nos permite reconstruir el motor ideológico de un libro anterior, *A lo lejos* (1914), lo que viene a indicarnos que la importancia de los libros americanos del autor no reside en su análisis de la realidad diferente, sino precisamente en el reconocimiento de la propia identidad a partir del sentimiento de ausencia o abandono:

Viviendo en la Argentina, yo me acostumbré a sentir el fuerte hábito de aquellos pueblos afirmativos. Existe allí un optimismo intenso, frondoso, orquestal. Primeramente me pareció absurdo, demasiado oratorio, con exceso crédulo e infantil. Después abrí mi alma al respeto, y ahora estoy convencido

(5) Unamuno maneja constantemente este término en su oceánica producción ensayística, con un sentido muy distinto al utilizado por Salaverría.

de que los pueblos necesitan, si puede ser más que las personas, de los sagrados velos de la ilusión alentadora, y de una confianza ciega en la obra de su pasado y su porvenir... [Salaverría, 1917: 21].

En este punto parece indudable que Salaverría tenía razón, como confirmó Ortega y Gasset cuando, en su *Rebelión de las masas*, afirmaba que todo proyecto estatal necesitaba infundir ilusión a sus componentes para evitar la dispersión. Como Salaverría, Ortega lamentaba el olvido y la marginación del ejército, reducido a un cuerpo inútil a la hora de iniciar empresas aglutinadoras, veteadoras, consolidadoras de un tejido social reunido en torno a un proyecto común. Salaverría lamenta la indiferencia ante los problemas internos de España, intenta inspirar en sus obras el interés por solucionarlos sin caer en la complacencia patológica de perseguir obsesivamente la idea matriz de la patria. Para conseguir este objetivo reclama una literatura puesta al servicio del Estado (idea central que recogerá Giménez Caballero en *Arte y Estado*, de 1935), tal y como ha ocurrido en Francia a lo largo de los siglos:

En Francia, por ejemplo, antes de la guerra actual, han podido registrarse momentos infelices, crisis lamentables, en que se acusaba de abusos al Ejército, a la Justicia, a los ministros; pero a nadie se le ocurrió decir que Francia era un objeto mínimo, y que los organismos esenciales de Francia eran cosas despreciables [Salaverría, 1917: 24].

La afirmación de Salaverría es exacta: ni Racine, ni Corneille, ni Voltaire, ni los enciclopedistas, ni Hugo, ni George Sand, ni siquiera Zola se plantearon jamás que Francia no pudiera exportar valores de progreso al exterior, ni arreglar sus propias dificultades sin tener que importar doctrinas redentoras del exterior. Rápidamente, nuestro autor desvela cuáles son los factores disgregadores que han impedido en España una continuidad de afirmación patriótica parecida a la francesa: “la literatura, la política radical y el regionalismo catalán y vasco” [Salaverría, 1917: 26]. En esta visión, los intelectuales se han dedicado a minar los pilares del estado con su propaganda morbosa, intoxicando de pesimismo y decadentismo al pueblo; los políticos exaltados (nuestro autor se refiere explícitamente más adelante a Lerroux y Pablo Iglesias). Con su republicanismo anarquizante y su socialismo, respectivamente, han acabado de socavar las tradiciones vivas del país; por último, los regionalismos han parasitado el erario público y han desestabilizado la centralidad de la única ciudad capaz de liderar España, naturalmente, Madrid.

Ortega volvió a coincidir, en su libro de 1921, con nuestro autor al señalar la necesidad de que la sociedad española no se fragmentase en una serie de “compartimentos estanco” que aislaban a cada oficio, cada gremio, cada rama del saber, cada clase social a un egoísmo que

perjudicaba al todo que debía ser armónico. Ahora bien, mientras Ortega abogaba por la construcción de un proyecto estatal dentro de los horizontes del liberalismo y en el seno de una Europa unida, Salaverría describía, cuatro años antes, el advenimiento de una ola de moralidad que regeneraría el espíritu patriótico de los españoles. Las potencias debilitadas por la guerra “miran, a través de su angustia, a esta España próspera e íntegra que podrá mañana, con su fuerza, su opinión o su prestigio, pesar en los acontecimientos de posguerra” [Salaverría, 1917: 102]. Nuestro autor no vislumbra la unión de Europa, piensa como un idealista decimonónico, es partidario del equilibrio entre potencias enfrentadas que tratan de imponer sus preeminencias, sus modos de entender el mundo, sus costumbres y su cultura, a partir de guerras y anexiones.

En el capítulo IV, Salaverría recomendará el aislamiento total respecto a Europa, considerando que “el europeo (lo que en cierto sentido histórico y cultural llamamos europeo) siempre es un enemigo del ser y de la tradición de España” [Salaverría, 1917: 29]. La cultura cosmopolita disuelve la ilusión por lo patrio (como se ve todas las ideas de *La afirmación española* confluyen en el mismo vértice), y la influencia de las letras extranjeras es estrictamente pernicioso. Los valores regeneradores de España han de buscarse en sus clásicos, en el teatro vituperado por los franceses, y en el pasado heroico que reivindican las obras del ciclo castellano: la Conquista, la creación de la civilización hispanoamericana, las campañas de Carlos I y Felipe II, etc.

La interpretación que da Salaverría al fenómeno de la Generación del 98 no necesita glosa:

La calle, en la época del tratado de París, estaba colmada de voces disueltas e incoherentes. La petulancia y la impertinencia reinaban libremente. Se estableció la moda de la negación, como un resto del romanticismo. Pero si el romanticismo del año 30 afectaba principalmente a la literatura y era de índole personal, este nuevo romanticismo se ensayaba en el campo de la política y de la nación, y dejaba en cambio un margen de optimista orgullo para el individuo. De modo, pues, que el bizarro y gesticulante romanticismo del 98 era bastante más egoísta y jactancioso que el del año 30 [Salaverría, 1917: 36-37].

La posición de Salaverría, instalándose en la reacción pactista y transigente, no deja de coincidir con la universal categorización del arquetípico intelectual noventayochista: ególatra e inconformista. Ahora bien, a nuestro autor le interesa (y a ello orientará sus argumentos) presentar la arrogancia de un Maeztu o un Unamuno, no como una muestra de interés real por el destino de la patria, sino como una cuestión de *byronismo* mezclado con afán de lucro. De lo contrario, según el autor, pronto hubiera destacado algún miembro del grupo

cuya labor se hubiera centrado en la acción política. Es posible que nuestro autor trasladara esta esperanza de ver medrar a un líder de Unamuno a Ortega, a la altura de 1914. Sin embargo, en *Retratos* (1926), Salaverría situaba al filósofo madrileño en la órbita de un noventa y ocho fracasado por falta de iniciativa.

Esta consideración del noventa y ocho como un movimiento “fracasado” no deja de ser llamativa. El desastre debería de haber movilizadado a una generación de intelectuales cuya misión providencial hubiera sido el relanzamiento español. Pero el pesimismo que definía a la promoción impidió que surgieran cabezas políticas capaces de hacer cambiar la situación del país. En 1917, Salaverría ha perdido la paciencia e inicia su campaña ultranacionalista porque ya no le convencen ni la revolución de las conciencias de Unamuno, ni la política conservadora de Maura o La Cierva, apoyadas por Azorín, ni el regeneracionismo reformista de Maeztu, ni el escepticismo de Baroja, ni el socialismo ni cualquier otra solución nacida en el seno del sistema liberal. Por lo tanto, empieza a reafirmarse en su postulación de un poder absoluto que aplaste el sistema parlamentario para implantar una monarquía absoluta o una dictadura ilustrada.

Como bien se comprende, el espacio cultural creado por sus compañeros de generación no puede interesar demasiado a un escritor obsesionado por encontrar un líder que redirija de súbito la dirección del país. Salaverría pedía hombres de estado autoritarios al fenómeno del 98, y se encontró con bohemios, novelistas, poetas, dramaturgos, eruditos, pintores, educadores, predicadores y hombres, como él mismo, de “café y tertulia”:

Era, pues, la ocasión muy propicia para que un movimiento espiritual revolucionario, nacido con tal impulso de violencia y de agrupación, se alzara con el dominio del país. Pero diversas causas contribuyeron a su fracaso. Primeramente, el grupo renovador contaba demasiados artistas y escritores, y muy pocos, o ningún político de fuerza; el grupo, como era lógico, se desvaneció espontáneamente, en las luchas y vanidades mezquinas propias de los cenáculos literarios [Salaverría, 1917: 39].

Una vez más, la “literatura” impedía la acción, era el factor decisivo que disgregaba las energías afirmativas de un grupo. Como suele, Salaverría opina que no debe hacerse “demasiado caso de los políticos, los oradores y los literatos” porque son “gentes, por lo general, que realizan con dificultad sus funciones físicas, y a las cuales, por exceso de trabajo nervioso y falta de movimiento físico, les brota la queja y la amargura fácilmente” [Salaverría, 1917: 103]. Así pues, la opinión de los intelectuales es antihigiénica porque parte de un complejo de inferioridad que intenta disminuir la vida humana. A esta figura del escritor colapsado por rencores, nuestro autor opone diversos modelos: el caballero castellano de *Los paladines iluminados*

(1926), los atletas de *Alma vasca* (1921), los gauchos o los soldados victoriosos españoles que se describirán en *El muchacho español* (1918).

Obsérvese que nuestro autor se está planteando una remodelación a fondo de la figura del escritor. *La afirmación española* es, en parte, un ensayo de crítica literaria y, además, un programa político; pero a la vez incluye una propuesta de intelectual como conspirador que trabaje incansablemente por alcanzar el máximo poder político. No es sorprendente que los intelectuales falangistas, Giménez Caballero a la cabeza, recogieran este ideario salaverriano y lo reactivaran en un contexto no muy distinto del de 1917, ya en los años treinta, para identificar a Falange como el movimiento que encauzaba la labor de todos los escritores tradicionalistas españoles. La cultura, para todos ellos, era un modo de preparar un golpe de Estado redentor.

Hay un pensador de la generación que se erige como la excepción que confirma la regla: Ganivet. Salaverría admiró al granadino durante toda su vida, y lo presentó como un ejemplo de lo que podría haber sido la promoción finisecular si los egoísmos no hubieran orientado su labor hacia luchas superfluas. Pero Ganivet era un escritor que supo conciliar regeneracionismo con nacionalismo, análisis reflexivo con misticismo, con idealismo, sin atacar la raíz identificadora del pueblo español, desde un enfoque no tomado prestado del exterior.

En los primeros hombres, como Ganivet, la protesta tenía un sabor interno, sincero, propiamente español; procedían de dentro para fuera, como en una reacción subterránea que brotase del seno peninsular y de la tradición española. Este es, también, el sentido de la obra de Oliveira Martins, el grande y generoso iberista.

Apenas enmudeció Ganivet, los jóvenes reformadores levantaron el grito, inventaron gestos, tiraron anárquicas bombas contra todo lo imaginable. Estos procedían, al contrario, de fuera para adentro [Salaverría, 1917: 44-45].

En su visión deliberadamente parcial de los hombres del noventa y ocho (en ningún momento se mencionan sus doctrinas claramente elogiosas de la historia, el carácter y el patrimonio españoles), Salaverría concluye en que un puñado de influencias extranjeras desviaron la atención de los escritores y redujo su capacidad de razonar sobre la realidad española. Es curiosa esta acusación en un autor tan influenciado (como él mismo indica) por Schopenhauer, Goethe y Renan. Así, considera a Valle-Inclán como un mero imitador de D'Annunzio, a Maeztu como un casi traductor de revistas inglesas, a Azorín como un señor vestido de forma extravagante que estudiaba detenidamente a Montaigne y Anatole France, a Baroja como un imitador de Dickens, los novelistas rusos, Ibsen y Maeterlinck y a Unamuno como un políglota que devoraba todo lo europeo que encontraba.

Las lecturas de sus compañeros de generación, en general, están bien atribuidas aunque resultan estrechas e interesadas, porque a Salaverría le interesa mucho ocultar las influencias españolas sobre todos aquellos escritores: Galdós, Clarín, Palacio Valdés, Giner de los Ríos, fray Luis de León, Calderón, Gracián, Quevedo, Larra, Cervantes, ... la lista sería interminable.

Leyendo *La afirmación española* podríamos pensar que, en su rechazo frontal de tantos escritores contemporáneos, Salaverría pugna por ser un literato aislado, odiado por todos, que renunciaba a cualquier alianza o se resistía a figurar entre sus oponentes en los distintos actos culturales celebrados en Madrid. Sin embargo, existen multitud de datos que nos indican precisamente lo contrario: Salaverría no destestaba personalmente a los escritores que atacaba por escrito, y ni siquiera dejaba de admirarlos y leerlos. Podemos traer a colación algunos ejemplos. En el texto de 1917 leemos el siguiente juicio sobre Rubén Darío: “¡La gran estupidez de Rubén Darío, que pudo ser un gran poeta americano y se redujo al límite de un número más en el cortejo de los *metecos* parisinos, repetidores marginales de la mueca de París!” [Salaverría, 1917: 56-57]. Sin embargo, por una carta escrita por Juan Ramón Jiménez a J.L. Pando Baura, quien intentaba nombrarlo vocal para una comisión destinada a “entender en la erección de un monumento, en Madrid, a Rubén Darío”, sabemos que Salaverría figuraba en esa junta al lado de Palacio Valdés, Ramón Pérez de Ayala, Azorín, Antonio Machado, Gómez de Baquero, Eduardo Marquina, Emilio Carrere, Antonio Espina, Hoyos y Vinent y Enrique de Mesa, entre otros. (6) Así pues, Salaverría denostaba con violencia la obra de Rubén pero seis años después colaboraba para que le erigieran un monumento. Ejemplos análogos podrían multiplicarse: Salaverría critica el desenfreno sexual en algunas novelas de Ramón, y en cambio afirma haber leído con gusto *Senos*. Salaverría ataca a Unamuno constantemente desde 1914, y sin embargo el rector de Salamanca poseía un ejemplar dedicado de *Santa Teresa* (1920), enviada por su autor.

En definitiva, nuestro autor zanja la cuestión de su oposición a la crítica ejercida por los escritores del Desastre con una invitación a que inviertan el sentido de su labor propagandística:

Y es así que en el arte y la literatura españoles han dominado hasta hoy las normas y el tono nacidos de la llamada generación del 98. Es esta generación, por tanto, la llamada a liquidarse. a reinado ella durante un espacio de tiempo nada largo; sus hombres son todavía jóvenes, y en plena madurez de la vida les alcanza el proceso revisor [Salaverría, 1917: 67].

(6) Puede leerse esta carta en Juan Ramón JIMÉNEZ: *Cartas. Antología*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992, (Edición de Francisco Garfías), p.121.

A Maeztu le alcanzaría el “proceso revisor” por aquellas fechas; Azorín venía reconvirtiéndose desde la adopción de su seudónimo, en 1904; Unamuno continuaría ahondando en las mismas direcciones de los primeros años del siglo XX, al igual que Baroja. Valle-Inclán se radicalizaría tanto en estética como en política... los caminos serían múltiples y, salvo el de Maeztu y Bueno, se alejarían de los presu- puestos de nuestro autor.

Pero atendamos a las cuestiones propiamente políticas desarrolladas en el ensayo. Como no podría ser de otro modo, la Primera Guerra Mundial mediatiza las ideas de Salaverría, que trata de interpretar la catástrofe europea como un indicio más de que el progreso europeo no es más que una “superstición”. A describir este espejismo del presun- to poder beneficioso de la europeización dedica todo el séptimo capí- tulo del libro. La lucha demuestra que Europa es mezquina, que exis- ten valores aprovechables en la conciencia colectiva española que no conducen a una locura bélica. El progreso industrial y burgués (curio- samente, Salaverría coincide puntualmente en esto con otros teóricos de signo opuesto, como Araquistáin) ha traído la guerra como conse- cuencia directa. Desde posturas marxistas, la contienda no es más que una expansión de las clases burocráticas en busca de nuevos puestos en dominios coloniales cada vez más amplios. Un ahondamiento en la cultura española y su expansión imperialista hubiera evitado este desastre. España es una realidad *a priori* de carácter idealista, y no un conjunto de oficinas e industrias que deben crecer económicamente (esta idea vertebró el ensayo *Los conquistadores*, del año siguiente, en que se insiste en presentar las empresas militares españolas como la expansión de un ideal religioso y civilizador).

La experiencia del largo viaje por la Europa en lucha, narrada por Salaverría en *Cuadros europeos* (1916), es fundamental a la hora de entender algunas aseveraciones de *La afirmación española*. El con- tacto con las potencias beligerantes le ha hecho comprender que no se trataba de naciones objetivamente superiores:

He visto a los grandes pueblos, no en su posición pujante y magnífica del tiempo de paz, sino en su actitud inquieta, azorada, nerviosa, del día del peli- gro. Entonces he vuelto mis ojos hacia España, y he comprendido que los hombres que se llaman de primera clase no son, esencialmente, ni mayores ni mejores que nosotros [Salaverría, 1917: 96].

Un rasgo de las propuestas ofrecidas por Salaverría constituye un paso decisivo hacia la conformación de cualquier solución extremista de la derecha: el desdén hacia el partido conservador. El paso siguien- te al descrédito de la opción reaccionaria en el parlamento es la acción directa. Durante ocho años (1906-1914) la sintonía ideológica entre Azorín y Salaverría, que hicieron frente común en las páginas de *ABC*, fue absoluta: Maura representaba la opción tradicionalista y autorita-

ria necesaria para España. Maura era el hombre de estado fuerte, caballeresco y culto, que debía reconducir la nación hacia su nueva plenitud entre el concierto mundial. Así retrataba nuestro autor al líder conservador en *A lo lejos*, de 1914, como venía haciéndolo desde su entrada en la redacción del periódico madrileño. Sin embargo, tres años después, nuestro autor situaba a la derecha legalista en el mismo saco de negadores atrofiados que los socialistas, los republicanos y los intelectuales, dejando únicamente como margen la acción directa (la cursiva es nuestra):

En España no existe más gangrena que en otros países. Todo eso del pus y la descomposición cadavérica pertenece a una literatura anticuada; es un resto de la malsana labor que hicieron los impotentes del 98; y esa literatura, carente ya de valor, ha caído, cristalizada, en la Prensa izquierdista, en los mitines radicales, en los artículos de fondo republicanos, *en la oposición maurista*, en los centros intelectuales perezosos y retrasados [Salaverría, 1917: 77].

En el contexto de la guerra, que Salaverría considera permanente, nuestro autor es profético cuando vaticina una era de confrontación constante, que, a lo largo de las décadas, irá dirimiendo las cuestiones relativas la “lucha comercial, los residuos morbosos, la lenta y difícil liquidación de los odios y de los egoísmos” [Salaverría, 1917: 98]. El “estado latente de guerra” constituye una “zona de peligro” de la que al ser humano le será muy difícil salir. Las luchas de algún modo derivadas de la Primera Guerra Mundial (Segunda Guerra Mundial, guerra Fría subsiguiente, conflictos de descolonización) confirmaron este vaticinio de nuestro autor.

Otro rasgo extremista adquirido por Salaverría, éste especialmente estridente, es el constante antisemitismo expresado en diversos pasajes de la obra. Nuestro autor llega a expresar que la empresa negadora de la generación del noventa y ocho fue una cuestión de inspiración hebrea, de espíritu judaizante implantado en el corazón de la nación (a veces lo compara al “afrancesamiento” de los ilustrados que traicionaron España en la segunda mitad del siglo XVIII):

No se trata, pues, de un estado de ánimo puramente español; no es un tono estoico, a la española, ni un tono ascético de índole cristiana (7); el tono de esa literatura blanduzca y diminutiva es un tono judaico, como el que puede privar en los *ghettos* de Varsovia, Francfort o Nueva York [Salaverría, 1917: 79].

(7) Adviértase la huella, debidamente manipulada, de las opiniones expresadas por Ganivet en su *Idearium español* (1897). Se trata de la exposición sobre la psicología del pueblo español más aprovechada por Salaverría, frente a las expresadas por Unamuno.

Los partidos opositores de Madrid se han cristalizado en una forma de expresión hebraica, y asumen la postura de un mesianismo irreductible; otros intelectuales continúan el tono jeremiaco a lo Costa; otros, como Unamuno, resuelven sus disgustos personales con golpes de ciego despechado [Salaverría, 1917: 80].

No cabe duda de que se trata de los pasajes que más han colaborado en el olvido de Salaverría y en la imagen de hombre resentido que se difundió a través del séptimo volumen de las memorias de Baroja, publicado en 1944.

La imagen de la Restauración que se desprende del texto es igualmente violenta: se trató de un patético desfile de personajes menores que engendraron la generación combatida por nuestro autor. La visión de Ortega, expresada en textos como *España invertebrada* (1920) o *El tema de nuestro tiempo* (1923), no es muy distinta. El racionalismo de ésta proviene del típico positivismo extremo practicado por los hombres de la centuria precedente. Sólo se reservan algunas palabras para algunos ilustres fundadores del republicanismo, Castelar Pi Margall, cuya sensatez básica derivó en interpretaciones radicales a medida que terminaba el siglo. Sin embargo, tras elogiar calurosamente la “probidad republicana española”, las conciencias que “bastan para honrar a una época y una nación”, las “austeridades” y “convicciones espartanas” de los republicanos y federalistas, les acusa de haber sido “ilegales”. El reproche no deja de ofrecer interés: instalarse en la ilegalidad, resulta, para Salaverría, la garantía de que cualquier energía será estéril. La ilegalidad implica falta de virtud, la marginación es una condición moral. El espíritu de grandeza puede residir dentro del derecho o por encima de él, pero nunca por debajo.

Así pues, una vez desestimadas las vías legales para acceder al poder, una vez desdeñado Maura, ¿qué hubiera propuesto Salaverría? El cambio de la ley, la confección de una legalidad *ad hoc* tras el advenimiento de una revolución que hubiera encumbrado a los mejores. Y no duda de que los “mejores”, durante la Restauración, fueron Castelar y Pi y Margall. ¿Cuál fue, pues el error? La automarginación de la inteligencia del ejercicio del poder, el haber permitido que los mediocres, los menos cultos, los menos preparados, se repartieran los cargos más importantes, el no haber conspirado para afianzar el poder estatal frente a la corrupción generalizada. La política entre 1875 y 1898 fue tan mediocre, que el pueblo español acabó odiándola y desconfiando del Estado como fuerza protectora y beneficiosa.

Frente a aquella política anticuada y encerrada en los estrechos márgenes de la literatura, Salaverría propone un pensamiento totalmente dirigido a la acción patriótica. En el capítulo XIV de su libro describirá la unión espiritual que debe conservarse entre España y sus antiguas colonias americanas. En el XVI, enumerará los “lugares comunes” en que, a su entender, se ha basado la crítica antiespañola a lo largo de los siglos. Como puede observarse, las ideas salaverrianas

son de un esquematismo alarmante, se refieren únicamente a la buena imagen exterior e interna de España para promover la autoestima y el orgullo entre los ciudadanos por la posesión de unas concepciones tan abstractas. Los idealismos propugnados resultan vagos por su absoluto desprecio hacia la estadística y el estudio real de las condiciones de la España de la época. La idea, precisamente, es pasar por encima de estas disciplinas objetivas para afirmar irracionalmente todos los aspectos del pasado nacional. (8) Finalmente, el último capítulo, titulado *El oro, la dinámica y la hora más propicia*, cierra el volumen con una exhortación a reactivar las energías internas de un país que, según nuestro autor, deberá su futuro glorioso a la falta de europeización.

Obras publicadas en libro por José María Sala verría:

- *Introducción. Poesías / El vértigo del pecado. Poema*. San Sebastián, Imprenta de “La Voz de Gipúzcoa”, 1894.
- *El perro negro. Libro dividido en siete jornadas*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1906.
- *El literato*, Madrid, El cuento semanal, nº49, Diciembre de 1907a.
- *Vieja España (Impresión de Castilla)*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1907b (Prólogo de Benito Pérez Galdós).
- *Mundo subterráneo*, Madrid, El cuento semanal, 20 de noviembre de 1908.
- *Nicéforo el bueno*, Madrid, Librería de Pueyo, 1909a.
- *La Virgen de Aránzazu*, Madrid, Librería de Pueyo, 1909b.
- *Nicéforo el tirano*, Madrid, El cuento semanal, Núm.194, 16 de septiembre de 1910a.
- *Tierra argentina. Psicología, tipos, costumbres, valores de la República del Plata*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1910b.
- *Las sombras de Loyola*, Madrid, V. Prieto y Compañía, Editores, 1911.

BIBLIOGRAFÍA

(8) Esta política de negación de las disciplinas científicas aplicadas al estudio de España será practicada hasta fechas muy avanzadas por escritores situados en las órbitas de Primo de Rivera y Franco. Para citar un ejemplo de esta estrategia frecuente, basta citar el título de una conferencia leída en 1954 por Ernesto Giménez Caballero, que consideraba a Salaverría como un maestro: *El genio antieconómico de España*. En este texto, el autor proponía algo muy parecido a La afirmación española: toda clase de índices objetivos de la decadencia nacional no podían hacer olvidar la pujanza de los valores morales de la España afirmada, porque estos no podían ser descritos ni categorizados a través de un criterio lógico imposible de aplicar a una realidad radicalmente diferenciada de todo el resto de mundo occidental. Como vemos, las esquemáticas concepciones salaverrianas encontrarían un eco notable en las generaciones falangistas a partir de 1933, año en que José Antonio Primo de Rivera fundó Falange Española.

- *A lo lejos: España vista desde América*, Madrid / Buenos Aires, Renacimiento, 1914.
- *Cuadros europeos*, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1916.
- *La afirmación española*, Barcelona, Gustavo Gili, 1917.
- *El muchacho español*, Madrid, Casa Editorial Calleja, 1918a.
- *Los conquistadores: el origen heroico de América*, Madrid, Rafael Caro Raggio, 1918b.
- *Paisajes argentinos*, Barcelona, Gustavo Gili, 1918c.
- *El poema de la Pampa: "Martín Fierro" y el criollismo español*, Madrid, Casa editorial Calleja, 1918d.
- "Prólogo" a CABALLÉ GOYENCHE, J. , *Inferioridad de la raza catalana*, Madrid, Casa Editorial y Librería de la Viuda de Pueyo, 1918e.
- *La intimidación literaria*, Madrid, Saturnino Calleja, 1919a.
- *En la vorágine*, Madrid, Rafael Caro Raggio, 1919b.
- *Espíritu ambulante*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1920a.
- *Los fantasmas del Museo*, Barcelona, Gustavo Gili, 1920b.
- *Páginas novelescas*, Madrid, Reafael Caro Raggio, 1920c.
- *Santa Teresa de Jesús. La infancia de Teresa.- La mujer.- La escritora.- La santa*, Madrid, Enciclopedia, 1920d.
- *Alma vasca*, Madrid, Enciclopedia, 1921a.
- *Guerra de mujeres*, Madrid, Enciclopedia, 1921b.
- *El vagabundo inapetente*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1922.
- *Las pupilas acusadoras*, Madrid, Prensa Gráfica, La novela semanal, nº118, 13 de octubre de 1923a.
- *El rey Nicéforo*, Madrid, Librería y Editorial Rivadeneyra, 1923b.
- *El amor en trasatlántico*, Madrid, Prensa Gráfica, La novela semanal, nº162, 16 de agosto de 1924a.
- *Final de drama*. Madrid, Publicaciones Prensa Gráfica, La Novela Semanal, Núm.131, 12 de enero de 1924b.
- *El oculto pecado*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1924c.
- "Introducción" a QUEVEDO, Francisco de, *Obras satíricas y festivas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1924d.
- *Un sacrificio en la selva*, Madrid, Prensa Gráfica, La novela semanal, nº197, 18 de abril de 1925a.
- *Viajero de amor*, Madrid, Editorial Reus, 1925b.
- *Jardín cerrado*. Madrid, La novela mundial, 1926a.
- *Los paladines iluminados*, Barcelona, Gustavo Gili, 1926b.
- *Retratos*, Madrid, Enciclopedia, 1926c.

- *Instantes. Literatura. Política. Costumbres*, Madrid, Espasa-Calpe, 1927.
- *El capitán fantasma*, Madrid, Prensa Moderna, 1928a.
- *Mallorca*, Palma de Mallorca, Imprenta de José Tous, 1928b.
- *El muñeco de trapo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1928c.
- *Loyola*, Madrid, La Nave, 1929a.
- *El planeta prodigioso*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, La novela de hoy, nº360, 5 de abril de 1929b.
- *La hija del saltimbanqui*, Madrid, Editorial Atlántida, La novela de hoy, nº391, 8 de noviembre de 1929c.
- *Sevilla y el andalucismo*, Barcelona, Gustavo Gili, 1929d.
- *Bolívar el Libertador*, Bilbao, Espasa-Calpe, 1930a.
- *El desdeñoso*, Madrid, Editorial Atlántida, La novela de hoy, nº436, 19 de septiembre de 1930b.
- *Nuevos retratos*, Madrid / Buenos Aires, Renacimiento, 1930c.
- *El revólver cargado*, Madrid, Editorial Atlántida, La novela de hoy, nº459, 27 de febrero de 1931a.
- *Una aventura en el tren*, Madrid, Editorial Atlántida, La novela de hoy, nº481, 31 de julio de 1931b.
- *La virgen de Aránzazu*, Madrid, Compañía Ibero-americana de Publicaciones, 1931c.
- *Íñigo de Loyola*, Madrid, Ediciones Nuestra Raza, 1931d.
- *Iparagirre, el último bardo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1932a.
- *Una luz en el sotabanco*, Madrid, Editorial Atlántida, La novela de hoy, nº502, 1 de enero de 1932b.
- *El instante dramático*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934a.
- *Viaje a Mallorca*, Inca / Palma de Mallorca, Imprenta Vich, 1934b.
- *Vida de Martín Fierro, el gaucho ejemplar*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934c.
- *Íñigo de Loyola*, Madrid, Ediciones Nuestra Raza, 1935.
- *El libro de las narraciones*, Barcelona, Juventud, 1936a.
- *Salón de té*, Madrid, La novela de una hora, 24 de abril de 1936b.
- “Un drama en el restaurante”, dentro de “TONO” y MIHURA, *María de la hoz*, Madrid, Ediciones Españolas, La novela del sábado, 4 de noviembre de 1939a, Núm.25, pp. 60-69.
- *Cartas de un alférez a su madre*, Madrid, Ediciones Españolas, La novela del sábado, nº22, 14 de octubre de 1939b.
- *Entre el cielo y la tierra*, San Sebastián, La novela de Vértice, Febrero de 1939c.

- “Prólogo” a ORTIZ ECHAGÜE, *España. Pueblos y paisajes*, San Sebastián, Editora Internacional, 1939d.
- *Retrato de Santa Teresa*, Madrid, Espasa-Calpe, 1939e.
- *Un drama en el restaurante*, en “TONO” y MIHURA, “María de la Hoz”, Madrid, Ediciones Españolas, 1939f.

Ediciones póstumas:

- *Una mujer en la calle*, Madrid, Ediciones españolas, 1940.
- *Vida de Martín Fierro y otros ensayos*, Buenos Aires, Institución Cultural Española, Serie Española de Validación Argentina, 1943.
- “El tesoro de la alcantarilla”, en DEL ARCO, Juan [pseudónimo de Francisco Mata], *Novelistas españoles contemporáneos (antología)*, Madrid, Editorial Aldecoa, 1944, pp.100-113.
- *Los fantasmas del museo del Prado*, Barcelona, Gustavo Gili, 1952.
- *Una aventura en el tren*, Madrid, Cid, 1954.
- *La afirmación española; El muchacho español; Los conquistadores*, Madrid, Aguilar, 1953 (Nota preliminar de Federico Carlos Sainz de Robles).
- *Guía sentimental del País Vasco*, San Sebastián, Biblioteca Vascongada de Amigos del País, 1955.
- “Prólogo” a BAROJA, Pío, *Las inquietudes de Shanti Andía*, Madrid, Aguilar, 1961.
- *Las terceras de ABC*, Madrid, Prensa española, 1977 (Selección y Prólogo de Rafael Flórez).
- *Miguel de Unamuno y José María Salaverría. Epistolario (1902-1935)*, San Sebastián, Instituto Dr. Camino de Historia Donostiarra / Fundación Social y Cultural KUTXA, 1995 (Prólogo y Edición de José Ignacio Tellechea Idígoras).
- “El soñador arruinado”, “La muerte de mi doble” y “Fin de raza” en “CLARÍN”, NOEL, PÉREZ DE AYALA Y SALAVERRÍA, *Cuentos del 98*, Libros Clan, 1997.
- *El río dinámico*, Bilbao, El Tilo, 2002 (Introducción y selección de Elías Amézaga. Epílogo de José Fernández de Sota).

Estudios sobre Sala verría:

José María ALFARO: “Recuerdo y angustia de Salaverría”, *ABC*, Madrid, 30 – 04 – 1940.

Elías AMÉZAGA, “El Nervión en Salaverría”, *Del 98 vasco*, Bilbao, Ediciones Beitia, 1998, p.115-116.

_: “Introducción” a *El río dinámico*, Bilbao, El Tilo, 2002.

Sebastián Juan ARBÓ: “Evocación de Salaverría”, Madrid, *ABC*, 14 de setiembre de 1964.

ARGOS: “Retratos de José María Salaverría”, Barcelona, *La Vanguardia*, 9 de junio de 1926.

AZORÍN: “Salaverría”, *ABC*, Madrid, 29 – 04 – 1952.

_: “La vida no es sueño”, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1966, pp.701-706.

BALLESTROS DE MARTOS: “Dos sombras de Salaverría”, Madrid, *El Sol*, 16 de mayo de 1926.

Manuel BUENO: “Para alusiones. El apostolado literario”, *ABC*, Madrid, 03 – 06 – 1930.

Julio CAMBA: “Salaverría y su atmósfera” *ABC*, Madrid, 30 – 04 – 1940.

Jean CASSOU: “Lettres espagnoles: J.M. Salaverría”, París, *Mercure de France*, X, 1926, pp.239-240.

CATALÁN: “José María Salaverría – Instantes”

Francisco CAUDET ROCA: *Vida y obra de José María Salaverría*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1972.

Juan CHABÁS: “José María Salaverría”, *Literatura Española Contemporánea (1898-1950)*, Madrid, Verbum, 2001 (Edición de Javier Pérez Bazo), pp.249-250.

M. CHAVES NOGALES: “El retratista imperdonable”, Madrid, *El Heraldo de Madrid*, 15 de mayo de 1926.

Epicteto DÍAZ NAVARRO y José Ramón GONZÁLEZ: “José María Salaverría”, *El cuento español en el siglo XX*, Madrid, Alianza, 2002.

Eugenio DOMINGO: “Letras de América. Un notable libro sobre el libertador”, *La Gaceta Literaria*, Madrid, 15 de marzo de 1931, Núms.101-102.

Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO: “Salaverría y la afirmación de España”, *ABC*, Madrid, 30 – 04 – 1940.

_: “Revisión y elogio de Salaverría”, *La Vanguardia*, 21 de setiembre de 1947.

_: “Guía sentimental del País Vasco”, *ABC*, 23 de agosto de 1955.

Wenceslao FERNÁNDEZ FLÓREZ: “Lazarillo de almas”, *ABC*, Madrid, 30 – 04 – 1940.

Rafael FLOREZ: “Prólogo” a J.M. SALAVERRÍA: *Artículos aparrecidos en ABC*, Madrid, Prensa española, 1977.

Amalia GALARRAGA DE SALAVERRÍA: “Los escritores vistos por su mujer. José María Salaverría”, *La Gaceta Literaria*, 15 de diciembre de 1928, Núm.48.

Luis de GALINSOGA: “Un paladín de España”, *La Vanguardia*, Barcelona, 29 de marzo de 1940.

Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO: “Intermedios.- Salaverría, novelista”, *El Sol* Madrid, 1 de abril de 1925.

_: “José María Salaverría: *Instantes*”, *La Gaceta Literaria*, Madrid, 1 de junio de 1927, Núm.11, p.4.

_: “Libros y márgenes. Loyola y Salaverría”, *La Gaceta literaria*, Madrid, 15 de mayo de 1929, Núm.58.

_: “Libros y márgenes. Sevilla y el andalucismo”, *La Gaceta literaria*, Madrid, 1 de julio de 1929, Núm.61.

_: “Madrid – América. 3 raids literarios”, *La Gaceta Literaria*, Madrid, 15 de agosto de 1927, p.1.

Andrés GONZÁLEZ BLANCO: *Los contemporáneos (3ª serie)*, París, Garnier Hermanos, 1910, pp.45-86.

César GONZÁLEZ-RUANO: “Al margen de *Instantes*”, *La Época*, 18 de junio de 1928.

_: “Arenga contra el olvido”, San Sebastián, *La voz de España*, 17 de marzo de 1957.

J. LÓPEZ PRUDENCIO: “El muñeco de trapo”, Madrid, *ABC*, 19 de junio de 1928.

J. MIQUELARENA: “Salaverría, articulista”, *ABC*, Madrid, 30 – 04 – 1940.

M. MUNOA: “La Santa Teresa de Jesús de José María Salaverría”, San Sebastián, *El Pueblo Vasco*, 7 de septiembre de 1922.

Emilia PARDO BAZÁN: “Algo de crítica. *Los conquistadores*”, *ABC*, Madrid, 30 – 12 – 1918.

Benito PÉREZ GALDÓS: “Prólogo” a SALAVERRÍA, José María, *Vieja España*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1907.

Beatrice PETRIZ RAMOS: *Introducción crítico-biográfica a José María Salaverría*, Madrid, Gredos, 1960.

Jorge RUBIO: “Un vasco analítico. Salaverría”, *La Gaceta Literaria*, Madrid, 1 de julio de 1930, Núm.85, p.2.

A. RUIZ PABLO: “Instantes”, Barcelona, *La Vanguardia*, 24 de junio de 1927.

Federico SÁINZ DE ROBLES: “Nota preliminar” a SALAVERRÍA, J. M., *La afirmación española; El muchacho español; Los conquistadores*, Madrid, Aguilar, 1953.

_, *Raros y olvidados (La promoción de El cuento semanal)*, Madrid, Prensa Española, 1971, pp.55-58.

Raquel SÁNCHEZ GARCÍA: “José María Salaverría y la profesionalización del escritor”, *Revista de literatura*, LXV, 129, Madrid, CSIC, 2003, pp.145-165.

Rafael SÁNCHEZ MAZAS: “Reflexiones sobre el Fascismo. Carta a D. José María Salaverría”, *ABC*, Madrid, 14 – 11 – 1928.

J. Ignacio TELLECHEA IDÍGORAS: *Miguel de Unamuno y José María Salaverría. Epistolario (1902-1935)*, San Sebastián, Instituto Dr. Camino de Historia Donostiarra / Fundación Social y Cultural KUTXA, 1995.

Mario VERDAGUER: “Los libros. *Nuevos retratos*”, Barcelona, *La Vanguardia*, 9 de agosto de 1930.

A. ZOZAYA: “La peña risueña. Los fantasmas del Museo del Prado”, *Mundo Gráfico*, 10 de agosto de 1921.